

La importancia de llamarse Helena

JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ-PEREDA



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

[#LaImportanciaDeLlamarseHelena](https://twitter.com/hashtag/LaImportanciaDeLlamarseHelena)

Colección: Tombooktu Historia

www.historia.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: *La importancia de llamarse Helena*

Autor: © José Antonio Martínez-Pereda

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Diseño de cubierta: produccioneditorial.com

Copyright de la presente edición © 2015 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

editorial@nowtilus.com

www.nowtilus.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-53-6

ISBN Digital: 978-848-9967-672-2

ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-673-9

Fecha de edición: Enero 2015

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Depósito Legal: M-33747-2014

A las Helenas del pasado y del presente.
Ellas poseen la fuerza que hará cambiar el mundo.



Índice

Breve introducción	13
Capítulo 1. La mujer que nació de un huevo	15
El pintor y su musa	18
Helena de Esparta: la maldición de la belleza	19
Pero ¿estuvo Helena de Troya en Troya?	23
Los autores siguen adorando a Helena	24
Capítulo 2. Santas y herejes	27
Simón encuentra su Ennoia	28
Flavia Iulia Helena, arriana	33
Quedan inauguradas las peregrinaciones y el tráfico de reliquias	39
Capítulo 3. Científicas y heterodoxas	45
La Minerva veneciana	45
De Elena a Eleno	50
De soldado a cirujano	53
Una científica con raya al medio y gafas redondas	57
Capítulo 4. El estigma del nazismo	65
¿La amiga de Hitler?	69
La primera médium hace aparición	79
Un juicio por brujería	84
Una espía rusa con acento de Brooklyn	89

Capítulo 5. Escritoras y feministas	95
Poe y sus Helenas	96
La hijastra de Mill y el movimiento sufragista	105
La discola pupila de Friedrich Nietzsche	113
Las diferencias entre hombre y mujer	118
Capítulo 6. Helen Keller, alcanzar lo imposible	121
La mujer del milagro	122
De la universidad a Hollywood	126
Capítulo 7. Mujeres con muchas tablas	129
La «mala vida» del teatro	130
«La favorita» del monarca	136
Un pleito contra la familia real	150
Capítulo 8. La mansión y sus fantasmas	153
El club que trajo la modernidad	158
Una escritora «ocultista y un poco chiflada»	159
Elena en la playa	167
Una mujer alta, esbelta, de adorables y justas carnosidades	168
Irrumpe el doctor de los trasplantes de mono	174
El penúltimo viaje de Blasco Ibáñez	176
Capítulo 9. Mujeres surrealistas	179
Una segunda médium. Suma y sigue	180
Una criatura resbaladiza y radiante	184
Las últimas semanas de Mário de Sá-Carneiro	186
La madre del surrealismo	188
Capítulo 10. Cuestión de química	195
Maquillar la realidad	195
Mi querida amiga... ..	201
El currículum de la mujer del <i>conducator</i>	207
Capítulo 11. El camino de la teosofía	217
El doctor y la amante del rey	217
La Esfinge: una vida de leyenda	218
La estela de Madame Blavatsky	228
El planeta Roerich	229

Capítulo 12. De vuelta a la Grecia clásica	237
Vieira da Silva, la abeja en el taller	238
Helena en su laberinto	244
Bibliografía	247

Breve introducción

Dicen unos que lo más bello sobre la tierra oscura
es un ecuestre tropel, la infantería otros, y esos,
que una flota de naves, pero yo afirmo
que lo más bello es lo que uno ama.

Safo

Este libro narra la historia de unas cuantas mujeres. Sus vidas fueron muy diferentes y habitaron distintos lugares y épocas pero todas ellas están relacionadas entre sí. Muchos lazos las unieron en esta madeja que es la vida y acaba siendo la historia, pero es su nombre lo primero que se advierte que tienen en común. Resultaría lógico entonces empezar por preguntarnos por el origen de la primera Helena, e incluso de la propia palabra. No obstante, esta cuestión es quizá la más difícil de todas las que puedan suscitarse en este texto. Para los investigadores resulta tan inaccesible determinar el origen del mito como la etimología del nombre.

Bien conocido es el personaje de Helena, que encandiló a todos con su belleza, que fue raptada, que llegó a Troya con Paris y asistió a su destrucción. Hay que observar, sin embargo, que antes de la Helena, reina, cuyas aventuras y desventuras han sido narradas por multitud de escritores desde Homero hasta nuestros días, existía la diosa Helena. Diosa, mito y etimología parecen estar tan intrincados que resulta muy difícil realizar una explicación lineal. Sabemos que Helena era adorada en Esparta y en Rodas desde la época aquea, como diosa del árbol. Así, Teócrito

cuenta cómo las jóvenes espartanas grababan en la corteza de los árboles la expresión «Venérame: soy el árbol de Helena». Probablemente, esa deidad procedía de la religión cretense, lo que complica aún más su etimología. Acaso se trataba de una diosa de la vegetación que reproducía el ciclo natural desapareciendo una parte del año y en esta circunstancia quizá tenga su origen uno de los episodios más antiguos del mito de Helena: el rapto por Teseo. Similares diosas de la fertilidad de origen preindoeuropeo se han encontrado en otros lugares como India, Letonia y Lituania. Tienen en común ser mujeres que han sido raptadas y son rescatadas por sus hermanos gemelos (Suryâ, Sules meita, Sulês dukterys) o por su esposo y sus amigos (la Sitâ del *Ramâyana*). También les une el que varias de ellas poseen un doble y, sobre todo, su relación con la luz.

Por eso, el nombre de Helena se ha vinculado en su origen al de Saraniú, la diosa hindú de la aurora. Los estudiosos equiparan el griego Helene, Ἑλένη, con Saraniú o *svaranã*, siendo este un adjetivo femenino sánscrito que podría significar ‘la que brilla’. Se trata, pues, de apelativos que adornan una diosa luminosa, una diosa de la vegetación que retrocede hacia el sur durante un tiempo como hace el sol. Para los griegos, Helena es ‘la que brilla como una antorcha’ y además tiene relación con otras luces: el fuego de San Telmo era el fuego de Helena. También en su momento se interpretó a Helena como diosa lunar y de la luz. Se equiparó entonces Selene con Helene pudiendo ser en origen dos divinidades cuyos nombres se fueron confundiendo. En otros textos se le asocia a Helena la palabra *argein*, que puede significar ‘brillante, resplandeciente’, atributos que bien pueden corresponder a una diosa. Y su nombre debe de tener una vinculación religiosa, pues Ἑλένη designa igualmente una antorcha y cierta cesta de mimbre, ambas usadas en los cultos sagrados.

Y de diosa que desaparece estacionalmente, en la Grecia arcaica fue evolucionando hasta convertirse en una heroína que es raptada. El residuo de diversos himnos épicos que cantaban sus aventuras cristalizaron hacia el siglo VIII a. C. en la poesía de Homero. En este momento, muchas divinidades se han transformado en héroes y la heroína Helena se va humanizando. Es tomando aquellos elementos antiguos como se va a formar poco a poco la mitología griega.

1

La mujer que nació de un huevo

Podríamos situar el inicio del mito de Helena en el momento en que Zeus se enamora de la bella Leda, esposa de Tindáreo. El padre de los dioses se convierte en un cisne para, disimuladamente, abalanzarse sobre ella. El poeta William Butler Yeats en *Leda y el Cisne*, considerado uno de los mejores poemas del siglo xx, describe la violación de Leda por el cisne-Zeus:

De pronto un soplo; las grandes alas desplegadas
sobre la tambaleante mujer, sus muslos acariciados
por las negras palmas, en el cuello el pico preso,
indefensa y sujeta pecho contra pecho.
¿Cómo pueden esos frágiles dedos aterrados
defender los mansos muslos de la gloria alada?
¿Cómo podrían los dedos aterrados, débiles,
alejarse a esta gloria emplumada de sus muslos entreabiertos?
Y ante ese blanco torrente, un cuerpo así tendido,
¿qué hace salvo sentir el palpitar desconocido?

Un estremecimiento en las entrañas engendra
el muro caído, el techo y la torre ardiendo,
y Agamenón muerto.
Atrapada,
tan dominada por la sangre salvaje del aire,
¿tomó con su energía cierto conocimiento
antes de que el indiferente pico la soltara?



La versión de Eurípides en *Ifigenia en Áulide* hace pensar en un quinto bebé nacido de un segundo huevo: Febe. Óleo Leda y el cisne del maestro Florentino Bacchiacca, que fue en los cuarenta robado por los nazis y se encuentra ahora en el Museo de Arte Metropolitano, Nueva York.

Parece que el cisne impone su biología reproductiva ya que Leda pone treinta días más tarde dos huevos, uno de Zeus y otro de su esposo. Del de Zeus nacen los inmortales Helena y Pólux, del de Tindáreo nacen los mortales Clitemnestra y Cástor. Otra versión sostiene que fue Némesis la fecundada por Zeus y Leda únicamente empolló un huevo encontrado por un pastor. En todo caso, nadie duda del origen divino de Helena y de que el nacimiento procede de un acto violento, así que el destino seguirá generando violencia a su alrededor.

Se dice que siendo muy joven, mientras realizaba un sacrificio a Artemisa, Helena de Esparta fue raptada por Teseo y llevada a Atenas. Allí no permitieron su entrada por lo que tuvo el raptor que dejarla en Afidna, donde estaba su madre. De su cautiverio, aprovechando la ausencia de Teseo, fue rescatada



Peter Paul Rubens, *El juicio de Paris* (1639). Museo del Prado, Madrid. Se dice que el cardenal-infante Fernando de Austria, encargado de comprar la obra para Felipe IV, afirmó al ver la obra: «Es de lo mejor de su arte, pero las diosas están demasiado desnudas, y dicen que la figura de Venus es retrato de su mujer».

por los dioscuros, Cástor y Pólux. También el mito refiere el momento en que se pensó en casar a la bellísima hija del rey de Esparta. Acudieron tantos pretendientes ansiosos de desposarla que Tindáreo, para que no se enfrentaran unos con otros, siguió el consejo de Odiseo: hizo jurar a todos acatar la decisión final y defender al que resultase elegido ante cualquier intromisión. A quien eligió Helena fue a Menelao, hermano de Agamenón, rey de Micenas, que, a su vez, se desposó con Clitemnestra.

La leyenda cuenta también que durante el banquete de boda de Tetis y Peleo, padres de Aquiles, se presentó Eris, la Discordia, enfadada por no haber sido invitada y arrojó una manzana de oro con la inscripción. «Para la más hermosa». Esto provocó una disputa inmediata entre las tres diosas que aspiraban a ese título: Hera, esposa de Zeus, y Atenea y Afrodita, sus hijas. Zeus, temiendo enfadar a cualquiera de ellas, ordenó a Hermes, mensajero de los dioses, que mostrase las tres diosas al príncipe Paris para que este determinase quién de ellas era la más bella. Es el conocido como «Juicio de Paris», el primer concurso de belleza de la humanidad y una de las escenas mitológicas más representadas en la historia de la pintura, basada en diversos relatos como el de Ovidio.

EL PINTOR Y SU MUSA

En la versión de *El juicio de París* que P. P. Rubens pintó en 1639 y que se conserva en el Museo del Prado, el rostro de Afrodita es el de su segunda esposa, Hélène Fourment, con quien se había casado nueve años antes. Al enviudar de su primera mujer, Isabel Brandt, se dedicó unos años a la diplomacia, pero a su vuelta a Amberes pensó en contraer matrimonio de nuevo. Así escribió a su amigo el astrónomo y botánico Nicolas-Claude Fabri de Peiresc:

He decidido volver a casarme, ya que jamás me ha gustado la abstinencia del celibato y he pensado que, aunque debemos dar prioridad a la continencia, también podemos gozar de los placeres lícitos. He escogido a una mujer joven de una familia honrada, pero burguesa. Me asusta la vanidad, un vicio inherente a la nobleza y, en especial, al sexo femenino, por eso he escogido a alguien que no se avergüenza de verme con los pinceles en la mano. Y es que, a decir verdad, amo demasiado mi libertad para cambiarla por los abrazos de una mujer mayor.

La mujer escogida es la hija menor de un comerciante de tapices, Daniel Fourment, pariente de la primera mujer de Rubens y cuya otra hija, Susana, había posado para el cuadro *El sombrero de paja* que está en la National Gallery de Londres. Hélène, «la mujer más bella de Amberes» –según el cardenal-infante Fernando de Austria– tiene dieciséis años, treinta y siete menos que Rubens, cuando se casan el 6 de diciembre de 1630.

El matrimonio revitalizó la vida del pintor, lo que se proyectó sobre su actividad artística. Rubens abandonó la carrera diplomática y se retiró al campo. Escribió en 1635 que quería «llevar una vida tranquila junto a mi mujer y mis hijos y no desear otra cosa en el mundo más que vivir en paz». En estos años, quien Delacroix llamara el «Homero de la pintura», creará sus obras más importantes, en muchas de las cuales aparece Hélène en diversos motivos, realizándose siempre su belleza. Es representada como santa Catalina o santa Cecilia, pero Rubens encuentra más inspiración en la Grecia clásica: «Estoy convencido de que para lograr la mayor perfección en la pintura es necesario comprender a los antiguos». Así que pinta a Helena como Venus (en *Venus y Adonis* o en *La fiesta de Venus*). Incluso se la

representa en varias figuras como en el cuadro de 1633 *El jardín del amor*, verdadero reflejo de la felicidad conyugal, o también en *Las tres gracias*. En esta obra, por cierto, los científicos han apreciado síntomas de artritis reumatoide en la figura (hiperextensión de la mano y dedos torcidos, cuello de cisne, etc.), pero Hélène tenía veintitrés años cuando posó como modelo para el cuadro. Es Rubens, quien sufría de gota, el que representó sus propias dolencias en el cuerpo de su amada. Esas dolencias se fueron agravando hasta su muerte el 30 de mayo de 1640. Legó a Hélène, entre otras cosas, su cuadro más querido, *La petite pelisse*, pintado en 1638, en el que aparece su mujer semidesnuda envuelta en unas pieles. Hélène le sobrevivió treinta y tres años y ha pasado a la historia del arte como un modelo de la belleza clásica. En un poema leído durante sus nupcias, el viejo amigo de Rubens, Jan Caspar Gevaerts, había elogiado a la novia equiparándola a las heroínas de la Grecia antigua:

Ahora posee el vivo retrato de Helena de Flandes, mucho más bella que la de Troya. Más blanca que la nieve, no es hija del cisne que traicionó a Leda. Ninguna marca tiene entre las cejas, como aquella que, según dicen, desfiguraba la frente de la hija de Tindáreo. En su alma pura reúne todos los dones que adornaban a las doncellas de la Hélade y del Lazio. Así fue como Venus, con sus rizos de oro, salió de los mares. Así fue como Tetis casó con Peleo en los días en que Tesalia era morada de los grandes dioses. La belleza de su figura cede ante el encanto de su naturaleza, su sencillez sin mácula, su inocencia y su modestia.

HELENA DE ESPARTA: LA MALDICIÓN DE LA BELLEZA

El apologético discurso nupcial de Gevaerts nos devuelve a la Grecia mítica y, en concreto, al «juicio de Paris». En dicho certamen, las tres diosas mostraron por completo sus encantos al joven troyano pero, inseguras cada una de ellas de poder superar a las otras, trataron de sobornarlo: Hera ofreciéndole poder; Atenea, sabiduría; y Afrodita, el amor de la mujer más bella del mundo. Paris escogió finalmente a Afrodita, lo que fue el detonante de la tragedia. La mujer cuyo amor le fue entregado a Paris no era otra que Helena de Esparta, la esposa del rey Menelao.

Arrastrado por el destino, Paris visita Esparta, donde es recibido con hospitalidad por Menelao y Helena. Esta coquetea con Paris desde un primer momento y el rey de Esparta, que parece no darse cuenta, parte hacia Creta para asistir a un funeral dejando a su mujer como anfitriona. Aprovechando su ausencia, Paris seduce a Helena y ambos huyen con el tesoro de esta y abandonando a la hija del matrimonio, Hermíone.

Tras pasar por varias islas, llegan a Troya, donde, según algunos, contraen matrimonio. Aquí los clásicos griegos sostienen una etimología de «Helena» que procede de *helenin*, infinitivo pasado del verbo *haireô*, significando 'tomo, quito, capturo'. Igualmente podría tener tanto un sentido pasivo (una raptada, una hechizada) como activo (una seductora, una encantadora).

Continuando el mito, al enterarse Menelao de la fuga, reclama a Helena y sus tesoros pero los troyanos se niegan a devolverla. Entonces, junto con su hermano Agamenón, convoca a los distintos caudillos griegos para formar una enorme flota que se dirige a Troya. Decimos que son griegos, pero esta es la palabra con la que les designaron los latinos. Ellos se llamaban a sí mismos helenos, y su tierra era Helena o Hélade. De este modo, Helena sería también la representación de la tierra griega, aunque esta interpretación probablemente procede de una confusión posterior de «Helena» con el nombre *hellênes*, 'griegos'.

En la *Iliada* de Homero se describe la presencia de Helena en Troya, los males que se le atribuyen y su dolor por la muerte de su cuñado, Héctor. Pero, sobre todo, queda patente la admiración que provoca su belleza: Helena de blancos brazos, de hermosos cabellos, de bellas mejillas, de hermosura divina entre las mujeres. En fin, «no es extraño que troyanos y aqueos, de hermosas grebas, sufran prolijos males por una mujer como esta, cuyo rostro tanto se parece al de las inmortales diosas». Y como tal diosa de la belleza era considerada también desde antiguo; de hecho, Heródoto en su *Historia* afirma que en Atenas y cerca de Esparta había templos dedicados a su devoción que eran frecuentados por jóvenes que buscaban volverse más bellas. Además era frecuente que los espejos tuvieran una imagen de Helena en el reverso. Como símbolo de belleza también, por cierto, es citada dos veces en *El Quijote* de Cervantes.

Es símbolo de belleza y también la que trae la desgracia a Troya: «Por sus bellos ojos de muerte, los hombres no acabaron

todavía de matarse ni todavía las ciudades de arder». Porque, para Sartre, Helena entra en la historia como una advertencia sobre las terribles consecuencias que la belleza puede traer. Pero, a pesar de todos los males que se ciernen sobre la ciudad, Príamo no considera culpable a Paris del sufrimiento del pueblo troyano, lo ve como un instrumento de los dioses. Ya su madre, Hécuba, había soñado, a punto de dar a luz, que paría un haz de leñas que, como serpientes, se movían y prendían fuego a Troya. Sin embargo, la Helena de Homero se arrepiente ante Príamo de todo lo ocurrido hasta el punto de desear estar muerta: «Me inspiras, suegro amado, respeto y temor. ¡Ojalá la muerte me hubiese sido grata cuando vine con tu hijo, dejando, a la vez que el tálamo, a mis hermanos, mi hija querida y mis amables compañeras! Pero no sucedió así, y ahora me consumo llorando».

La guerra de Troya duró diez años y concluyó con el célebre episodio del caballo. En esa cruel noche, según algunos, Helena agitó una antorcha –«helene»–, que era la señal para que los griegos que habían simulado huir regresaran a tomar la fortaleza. Los invasores asesinaron a los troyanos, arrasaron la ciudad y le prendieron fuego. Para el dramaturgo Esquilo, ya en su nombre está contenida la maldad de Helena y el coro de su *Agamenon* lo relaciona con la raíz *hel-* que significa ‘conquistar y destruir’. Helena es entonces *Hele-nas* (‘destructora de barcos’), *Hel-andros* (‘destructora de hombres’) y *Hele-ptolis* (‘destructora de la ciudad’).

Aunque la *Ilíada* no puede ser tomada como un relato histórico, y ni siquiera la existencia de Homero está unánimemente admitida, pudo existir un lugar similar a Troya habitado desde el tercer milenio a. C. De hecho, los arqueólogos distinguen hasta diez «Troyas» que sucesivamente fueron levantadas en el mismo lugar, y la historia del descubrimiento de las ruinas de Troya por Heinrich Schliemann en 1871 es una epopeya en sí misma. La propia guerra de Troya es discutida por los historiadores. Se cree que hacia el 1200 a. C. la ciudad que llamamos Troya fue destruida, si bien no sabemos quiénes fueron sus atacantes.

Según los mitógrafos, tras tomar la ciudad, Menelao estuvo a punto de matar a Helena pero quedó deslumbrado de nuevo por su belleza. Así volvieron ambos a Esparta tras pasar un largo



La belleza de Helena le trae la desgracia, pero también le salva la vida. Vasija ática de figuras rojas (450-440 a. C.). Museo del Louvre, París. En la pieza se representa a Menelao, que intenta atacar a Helena pero, sobrecogido por su hermosura, deja caer la espada.

período en Egipto. Egipto era la referencia del sur que tenían los griegos y, de tal modo, el viaje al sur y la vuelta como el sol nos devuelven la referencia de la diosa solar.

En la *Odisea* también aparece Helena, cuando Telémaco buscando noticias de su padre, Odiseo, llega a Esparta y se encuentra con sus reyes, Menelao y Helena, y la hija de ambos, Hermíone. Ahora la heroína está en un marco doméstico que la humaniza y disminuye su carga negativa. Pero a lo largo de los siglos volverá a ser evocada en la literatura como símbolo de belleza y por los males que causó.

PERO ¿ESTUVO HELENA DE TROYA EN TROYA?

El poeta Estesícoro (palabra que significa ‘maestro de coro’, su nombre real era Tisias) escribió *Helena*, obra que cantaba la versión habitual del personaje como esposa infiel. Isócrates y Platón refieren una antigua tradición según la cual la «diosa» Helena castigó a Estesícoro con la ceguera por haber blasfemado contra ella y no le devolvió la vista hasta que el poeta siciliano la hubo desagraviado componiendo la *Palinodia*. Probablemente lo que sucedió es que Estesícoro estuvo en Esparta, donde seguía existiendo un culto a Helena y, ante el rechazo popular por su primera obra, se decidió a escribir una retractación en la que quien viaja a Troya no es Helena, que se dirige a Egipto, sino su espectro o Eídolon.

Se piensa que la idea del Eídolon pudo ser formulada por vez primera por Hesíodo. En todo caso, Eurípides la secunda en sus obras *Electra* y *Helena*. La *Helena* de Eurípides es una de las pocas obras del autor de fecha conocida, del 412 a. C. En esta obra la heroína comienza su discurso diciendo:

Helena es mi nombre, vale la pena que cuente las desgracias que he sufrido. Tres diosas, en disputa sobre su belleza, se presentaron ante Alejandro, en la gruta del Ida, Hera, Cipris y la doncella nacida de Zeus, deseosas de concluir un juicio sobre su hermosura. Mi belleza, si es que es belleza la desgracia, que Cipris había ofrecido desposar a Alejandro, quedó vencedora. Paris, el pastor del Ida, dejó sus majadas y fue a Esparta a tomar posesión de mi lecho.

Hera, sin embargo, humillada por no haber vencido a las otras diosas, convirtió mi lecho en sutil aire y no me entregó a Alejandro. Compuso con éter del cielo una imagen animada a la que dio mi apariencia y se la confió al hijo del rey Príamo. Cree él, vana creencia, sin tenerme, tenerme.

Aquí se narra cómo Helena disfrutó de la protección del rey Proteo en Egipto, pero una vez muerto este, su hijo Teoclimeno intentó seducir a la espartana, que se muestra en esta tragedia como verdadero modelo de castidad. Tras la llegada por mar de Menelao se encontraron los esposos y ambos planearon la huida ayudados por la profetisa Teónoe, pues, como extranjero, Menelao debía ser inmolado. Fingiendo que este había muerto,

Helena consiguió un barco para ofrecer un sacrificio en el mar en honor de su marido, pero lo aprovecharon los esposos para escapar por mar, interviniendo los Dioscuros –Cástor y Pólux– en el último instante.

La versión de Heródoto del mito es parecida a la de Eurípides: opina que Helena no pudo estar en Troya porque «ni Príamo ni sus demás familiares hubieran sido tan insensatos como para querer poner en peligro sus vidas, sus hijos y su ciudad con tal de que Paris pudiese vivir con Helena». No obstante, es el filósofo Gorgias quien se esfuerza más en su *Elogio de Helena*. En esta obra se sostiene que, obrase como obrase, siempre resulta patente la inocencia de la espartana, pues o fue raptada por orden divina o cautiva del amor o convencida hábilmente o arrastrada por la violencia física y, por tanto, nada podía hacer.

Sobre el final de Helena existen también multitud de versiones. Unas afirman que fue divinizada y enviada a los Campos Elíseos, otras que murió y está enterrada junto a Menelao. Eurípides, en su *Orestes*, dice que este y Píades intentaron matarla pero Apolo consiguió salvarla. En *Diálogos de los muertos* de Luciano de Samósata, el filósofo cínico Menipo, delante de una pila de huesos de personajes célebres, pregunta por Helena. Al mostrarle Hermes el cráneo de la bella reina, Menipo se burla: «¿Qué? ¿Y por esto se equiparon las famosas mil naves con hombres de toda Grecia, perdieron la vida tantos griegos y bárbaros y se destruyeron tantas ciudades?». Hermes le replica: «Eso es que no la conociste en vida, Menipo. De ser así, tú también dirías que no era censurable pasar cualquier pena por esa mujer».

LOS AUTORES SIGUEN ADORANDO A HELENA

El mito de Helena no desaparece de la literatura en la Edad Moderna y sigue protagonizando creaciones de todo tipo. Como una versión más frívola que las que se han visto anteriormente puede citarse la opereta *La bella Helena*, con música de Jacques Offenbach y libreto de Henri Meilhac y Ludovic Halévy. Estrenada en París el 17 de diciembre de 1864, esta opereta bufa en tres actos representa la cumbre de un género situado entre el de la música culta y la gran ópera, por un lado, y el de los cuplés y

La tragedia convertida en comedia. El actor William Blaisdell caracterizado de Menelao en *La Belle Hélène*. Fotografía de Baker, anterior a 1918, perteneciente a la Harvard Theatre Collection de dicha universidad.



la música popular de la Belle Époque, por otro. Se trata de una farsa que, por medio de los personajes griegos, parodia la alta sociedad francesa de finales del XIX, así que cuenta el mito un poco a su manera. En el primer acto, el Gran Augur se queja de la decadencia de los sacrificios a los dioses. También se relata el juicio de Paris. En una fiesta se celebra un concurso con una adivinanza para descubrir al hombre más inteligente. Es Paris, disfrazado de pastor, quien da la solución. Helena, ya bastante atraída por él, corona al vencedor, que confiesa su identidad. En el acto segundo, Helena se resiste a las seducciones de Paris durante cuatro semanas pero acaba sucumbiendo, momento en que aparece Menelao en la alcoba, mientras Agamenón, completamente borracho, habla de guerra. Paris se retira y se evita así la tragedia. En el acto tercero, la corte, que está veraneando en Nauplia, vive en un desenfreno instigado por la diosa Venus.

Piden a Menelao que se sacrifique y que ceda a su esposa, la cual sigue proclamando su fidelidad. Menelao pide que traigan al Gran Augur para solicitar su consejo. Quien se presenta es Paris disfrazado, que con una artimaña se lleva a Helena a la isla de Citerea. Cuando se dan cuenta del engaño, Agamenón y Menelao se disponen para combatir con los troyanos.

En cuanto al drama, una de las obras cumbre de la literatura universal, el *Fausto* de Goethe, tampoco se sustrae a la fuerza del personaje. En la segunda parte, el doctor se enamora de Helena y por medio de Mefistófeles puede acceder a ella, con quien tiene un hijo, Euforión. Fausto busca la felicidad, la perfección y la belleza, y Helena representa más un ideal que un ser humano, al igual que Euforión está representando al genio de la poesía moderna, Lord Byron. Helena es un símbolo que permite a Fausto vivir en un tiempo moderno un ideal clásico. El doctor aspira a una perfección y como reza el coro místico del final de esta parte:

[...] todo lo transitorio,
es solamente un símbolo;
lo inalcanzable aquí
se encuentra realizado;
lo Eterno-Femenino
nos eleva a lo más alto.